

EL IMPERIO VISIBLE. EXPEDICIONES BOTÁNICAS Y CULTURA VISUAL EN LA ILUSTRACIÓN HISPÁNICA (2016)

Daniela Bleichmar. Fondo de Cultura Económica.

doi: <https://doi.org/10.26439/en.lineas.generales2021.n5.5427>

Silvia Castillo Zevallos

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

El libro es la versión traducida de *Visible Empire. Botanical Expeditions and Visual Culture in the Hispanic Enlightenment* que, desde su publicación en el 2012, ha merecido varios reconocimientos. En esta investigación, la autora hace uso de un archivo visual de cerca de doce mil imágenes, producidas por las expediciones científicas españolas del siglo XVIII, con el fin de “explorar las conexiones entre la historia natural, la cultura visual y el imperio en el mundo hispánico del siglo XVIII” (p. 15).

El análisis de Bleichmar se centra en las expediciones botánicas que la Corona española organizó a fin de recorrer sus territorios ultramarinos americanos: las misiones dirigidas por Hipólito Ruiz y José Pavón (Chile y Perú), Martín de Sessé y José Mariano Mociño (Nueva España), y José Celestino Mutis (Nueva Granada); así como la empresa naval de Alejandro Malaspina por el océano Pacífico. Estas expediciones tenían por objetivo describir el mundo a través de imágenes, ofreciendo una narrativa visual que mostrara la *naturaleza imperial* como un escenario aprehensible, cognoscible y gobernable.

El uso de imágenes para estos propósitos no era exclusivo de la ciencia hispánica, sino que fue una herramienta ampliamente difundida en la historia natural europea del siglo XVIII, que permitía a los hombres de ciencia observar la naturaleza foránea sin tener la necesidad de recorrer los “confines” del mundo. En el caso de las ilustraciones botánicas, estas condensaban la investigación sobre las nuevas especies en el afán de lograr su domesticación, al mismo tiempo que ofrecía el conocimiento que se integraba al corpus científico ilustrado. Así, junto al triunfo del sistema taxonómico de Carl von Linné, las expediciones científicas se presentaban como el vehículo ideal para reconquistar el Nuevo Mundo a través de la domesticación de su naturaleza.

Estas expediciones científicas se dieron durante el reinado de Carlos III, quien se rodeó de varios hombres ilustrados para poder gobernar España dentro de un programa de ciencia imperial y mostró su apoyo a diferentes instituciones dedicadas a la ciencia, como el Real Jardín Botánico y el Real Gabinete de Historia Natural, pilares de apoyo para las expediciones del Nuevo Mundo. Es hacia estas dos instituciones que los naturalistas de las expediciones elevaban sus resultados, inquietudes y pedidos.

Y aunque esto pudiera indicar una relevancia de la metrópoli por encima de las colonias en la materia de difusión de conocimientos, los naturalistas de las expediciones en el Nuevo Mundo se comunicaban constantemente entre ellos y compartían avances de sus propias investigaciones. Para la autora, esto sería un fuerte indicador de que la metrópoli española no era vista por las colonias como el foco del conocimiento científico, sino como parte de una amplia red donde se difundía el saber a través de contactos y donde el Nuevo Mundo podía incluso ser el epicentro mismo.

Estos avances de las expediciones eran —en la mayoría de los casos— ilustraciones botánicas hechas por artistas contratados y entrenados especialmente para retratar las plantas, animales y tipos humanos que los naturalistas consideraban dignos de ser catalogados y estudiados. Aun cuando se elaboraban textos explicativos de cada especie, las ilustraciones eran, con frecuencia, la única manera de transportar un ejemplar hasta la metrópoli sin perder su contenido. Si bien las expediciones también trasladaban plantas y semillas a la metrópoli, la mayoría de veces estas llegaban muertas a su destino y las semillas no se terminaban de desarrollar debidamente. Por ello, los artistas debían trabajar conjuntamente con los naturalistas, quienes señalaban con precisión cómo debía verse la ilustración botánica para poder hacer visible esa naturaleza imperial; de ahí que al menos en una de las expediciones los naturalistas y los artistas ganen lo mismo anualmente. Era un trabajo arduo y agotador precisamente por el tiempo que podía llegar a tomar, pues la creación de estas ilustraciones seguía una complejidad que Bleichmar logra explicar tanto con su texto como con las imágenes mismas. De esta manera, la autora consigue describir cómo se producían las ilustraciones, bajo qué parámetros exigidos por la historia natural europea del siglo XVIII y la razón por la cual, al pintar los especímenes en el papel blanco, se lograba descontextualizarlos de su geografía, a fin de alcanzar aquella domesticación deseada por la ciencia imperial.

Una vez hechas las ilustraciones, junto con unos cortos pero precisos textos descriptivos sobre las plantas retratadas en ellas, se enviaban al Real Jardín Botánico, al Real Gabinete de Historia Natural, en España, o al mismo Linneo, para ir adelantando cuáles eran los avances de las expediciones. A aquellas dos instituciones también les interesaba recibir semillas y especímenes vivos, pero casi siempre era para ampliar su gran colección y competir con otros jardines botánicos europeos. Mutis, por ejemplo, mantenía constante correspondencia con Linneo para verificar el descubrimiento de una planta o hacerle consultas de todo tipo.

Los naturalistas también esperaban que, en el mejor de los casos, sus investigaciones del Nuevo Mundo llegasen a publicarse, pero el Imperio español tenía una motivación más allá de esto. Teniendo ya el conocimiento de botánica taxonómica, España pedía a sus naturalistas viajeros que reportaran los usos de la naturaleza imperial; estos usos podían ser medicinales, pero a España le importaba principalmente que se lleguen a

conocer las plantas que pudieran ser competencia para los productos franceses y holandeses.

Bleichmar explica que esto era la botánica económica, una meta más a la que el Imperio español aspiraba a llegar y que planteaba que los naturalistas viajeros encontraran canela, pimienta, té, quina u otro producto de sus colonias para que pudieran competir con los de sus pares europeos. Así, España no solo dejaría de depender de estos productos vendidos por Francia u Holanda, sino que podría también exportar al resto del continente y entrar con verdadera fuerza al mercado.

Lamentablemente, los logros de la botánica taxonómica no se ajustaban a los de la botánica económica; la autora da el ejemplo de la canela filipina, que el boticario y botánico español Juan de Cuéllar intentó volver un producto comercial y competidor con la canela de China y Ceilán. Esta fue una iniciativa que, aunque mantuvo contacto con el Real Jardín Botánico y el Real Gabinete de Historia Natural, no tuvo su origen en una primera orden de estas dos instituciones, sino en el interés de Cuéllar; es decir, se refuerza el argumento de Bleichmar acerca de cómo desde las colonias también se impulsó la investigación y no solo desde la metrópoli. Así, las colonias en el Nuevo Mundo no esperaban las órdenes de España para impulsar la investigación de su naturaleza. En Nueva Granada, Mutis llevaba años de estudio antes de que la metrópoli hiciera oficial su expedición; y cuando fueron visitadas por las expediciones científicas, la mayoría de veces prestaron su apoyo, en buena parte porque sabían la importancia de que una especie de su territorio fuera explotada y comercializada.

Con el archivo visual producido por las expediciones científicas españolas del siglo XVIII, la autora demuestra la importancia que tuvo la epistemología visual para cumplir con el principal objetivo de la ciencia imperial: conocer, hacer visible, cognoscible y dominable a la naturaleza en favor de la Corona. De esta forma, el trabajo de Bleichmar ayuda a comprender mejor la manera en que se conducía la ciencia europea dieciochesca y muestra una metodología donde el arte y sus manifestaciones pueden ofrecer más de lo que durante mucho tiempo se creyó que podían revelar.